

LA TRILLADORA

A Cecilia Belchí Arévalo

EL mediero, tío Antón, le dijo a mi abuela que ya no quería trillar ni con trillos ni con mulas. Quería hacerlo con una trilladora, lo mismito que mandaban a hacer los ingenieros en la finca que decían de Colonización. Pero mi abuelo —«conservador y desafecto a innovaciones», como aseguraba mi tía María Antonia— sostuvo que toda la vida de Dios, y mientras el mundo era mundo, se habían utilizado en aquellas tierras los trillos. Y habló de su padre y de su abuelo y de todos aquellos otros abuelos, «antepasados», que tenían sus nombres en el cuadro de caoba, «árbol genealógico», de la salita del piano.

El mediero, tío Antón, no se inmutó ante la ristra de mis abuelos, que así por entonces andaban ya los tiempos. Ni tampoco cuando Leandro, el agricultor vecino, habló, tras algunos rodeos y vueltas a la gorra, de que «el chisme era rápido y económico, pero que mermaba calidad en paja y grano». Claro que luego, este mismo hombre, y ya en la calle, que yo lo oí, dijo al mediero Antón que aquellas cosas tuvo que hablarlas por no llevar la contraria al señorito, que «tenía mal pronto, pero que diera tiempo al tiempo». Y el mediero Antón, que yo también lo oí, le contestó con chorro de palabras feas, de esas que no se dicen, entre las que se fueron mezclando aquellas otras de progreso, expropiación, ricos, pobres, Pirenáica.

(«Aquí estación Pirenáica, la única...», decía el «all transistor» de mi tío Miguel. Y después, entre ruiditos y ruiditos de aire roto, agregaba cosas que no se entendían bien, pero que eran estupendas. Tan estupendas



que no se podían repetir delante de mi abuelo. Tan estupendas que cuando mi tía María Antonia pillaba a Miguel con aquello, a renglón seguido, se lastimaba de la inconsciencia de los jóvenes que estudian en Francia y de aquellos tiempos «nefastos» en que unos bandoleros saquearon nuestra casa: «el patrimonio que nos legaron nuestros progenitores», eran sus palabras).

Aunque parezca extraño, la cosa se resolvió viniendo la trilladora. Y vino porque mi abuelo pensó y dijo que «reinando ciertos aires de europeización, lo mejor sería admitir aquel salpullido demócrata». Pero la trilladora vino de noche, cuando a mis primos y a mí nos habían mandado a la cama por aquello de que eran ya las diez dadas. Lo que quiere decir que no la vimos en jaena, sino después: cuando a la mañana siguiente subió desde la era a la plazoleta que formaban las casas y la ermita de la finca. Pero tampoco entonces nos dejaron salir. No nos dejaron salir por aquello de que sebo y grasa manchan. Ahora que la vimos bien. Muy requetebién. Desde la reja del comedor de verano. Detrás de reja y persiana.

Era, la tal trilladora, un armatoste terrible. Tan alta que llegaba a los balcones, tan negra como el hollín. Y debía ser fuerte.

—De hierro —dijo mi prima.

—De plomo —dijo mi primo.

—De acero —dije yo.

Tenía un letrero arribota: «La mejor de España». Y más abajo, otro: «El trío de Levante». (Este nombre no le gustó ni chispa a mi tía María Antonia porque, según la oí comentar después con la mediera, tenía sabor a fiesta de caserío con animadora y todo).

Cinco eran los hombres que habían venido con la trilladora —lo que me hizo dudar si trío vendría de cinco y no de tres, pero tan sólo lo dudé un ratito— Eran morenotes, con camisa mahón, con pantalones estrechos, con piernas arqueadas, con paseitos a lo cowboy, «tanto, tanto que si seguimos así esta reja no dará al Ardal, sino a Texas o Arizona», como dijo mi tío Miguel.

El sol picaba y uno de los cinco trilladores habló de garganta reseca. Contestó el mediero ofreciendo el botijo, pero los cinco volvieron a decir que por aquello de las ranas no gastaban el agua. Se celebró con risotadas lo dicho y apareció la bota. Y fue pasando de mano en mano hasta siete rondas completas con sus correspondientes brindis. No olvidaron aquel de



«brindo por todos los presentes». Ni el de «que al año que viene y en semejante fecha...». Y otros mucho más bonitos, en verso.

Después vinieron las cuentas. A los dos —los dos eran el mediero Antón y uno de los trilladores— les salió lo mismo, pero al final la armaron. Y la armaron porque el mediero, que así era él, se empeñó en descontar los once duros del cántaro de vino que se habían bebido los otros. Lo que a estos otros no les hizo gracia y empezaron a decir, sobre todo uno. Uno que la emprendió con lo de ricos, con lo de pobres, con lo de expropiación, etcétera, etcétera, etcétera. Y tanto, tanto subió de tono que los otros le quisieron cortar con un:

—Calla, Pepe, que la lías.

Pero el tal Pepe habló más alto aún. Tanto que disgustó a Miguel. Y mi tía María Antonia, como aprovechando aquel disgusto, le sermonó: que si aquella gente no tenía arreglo, que si ella tenía muchos años y veía claro, que si a él sólo le habían enseñado en Francia esas cosas que le llaman «utopías». Y también sacó, otra vez, lo de los tiempos «nefastos», lo de los bandoleros y aquello otro de que por entonces habían colocado un cartelito allí cerca de la reja: «Finca propiedad del partido».

Por fin, la trilladora empezó a andar. Y cuando ya daba la vuelta a la Pedreta Bella, ensuciando con sus humos, apareció mi abuelo en el comedor. Traía el libro grande de las cuentas. Se lo dio a mi prima y le dijo:

—Escribe. Pon: innovaciones... Con dos enes y con uve... Después, dos puntos. Y enseguida, trilladora.

Y mi prima lo escribió todo, y bien escrito, con su letra alta de espiga grande y granada. Con su letra picuda de colegio de monjas.

